

minal que sea, se halla hoy bajo mi amparo, bajo mi protección, y sabré defenderle.

—No temais, dijo la jóven, con una calma siniestra.

—Aun haré más por vos, dijo Colon; no olvidaré el secreto que me habeis revelado, y yo os juro que si ese hombre tiene algun sentimiento generoso, os pagará algun dia la deuda que ha contraido con vos.

La jóven quiso retirarse, pero Colon temeroso de que cometiese algun atentado, pidió al portero del convento que la aposentase en una de las celdas que habia siempre preparadas para los viajeros que tenian que hacer noche en el monasterio.

La jóven, sin descubrirse ante el lego portero, manifestó su gratitud á Colon, estrechando su mano, y partió.

—No le dejéis solo, dijo Colon al lego.

—No tenga cuidado vuestra merced. No partirá hasta que me deis órden para que le deje salir.

Y abriendo una de las celdas del piso bajo, dejó allí al viajero.

Colon se habia compadecido de aquella infeliz, y se habia propuesto llamar al dia siguiente muy temprano á don Alonso Velez de Mendoza, para saber hasta qué punto era cierta la ofensa que la habia inferido, y evocar en su alma los buenos sentimientos.

Hízolo así en efecto, y don Alonso Velez no tardó en hallarse en su presencia.

Sin decir nada á fray Juan Perez de Marchena, preguntó Colon al lego portero si habia salido el jóven del monasterio.

—Aún no; duerme en su celda, contestó.

Y Colon quedó solo en un aposento con el amante de Isabel Montegudo, que así se llamaba la jóven que disfrazada habia llegado á su presencia y le habia revelado tan doloroso secreto.

CAPITULO XLVI.

Ferfidia y generosidad.



ALONSO Velez de Mendoza era un hombre de treinta y cuatro á treinta y seis años, y habia llamado la atención de Colon, porque era uno de los que con más entusiasmo se habian prestado á seguirle.

Como no habia mucha gente de quien echar mano, al hacer el alistamiento no se habian preguntado antecedentes.

Así es que al lado de un hombre de bien iban á cruzar la inmensidad de los mares muchos que, sin aquella circunstancia, hubieran pasado su vida remando en las galeras, ó hubieran tenido que perecer de una manera afrentosa.

Sin embargo, Alonso Velez de Mendoza habia parecido, desde el principio, á Colon y á los Pinzones, un hombre superior á sus demas compañeros.

Su porte demostraba que habia nacido en el seno de una buena familia, y la amabilidad de su trato, la experiencia de las cosas de la vida, que demostraba en sus palabras, los conocimientos generales que poseia, habian conseguido que los jefes de la expedicion le distinguieran desde el primer momento.

Colon se habia fijado en él, pero no sabia su nombre.

Grande fué su asombro, por lo tanto, al ver que despues de mandar buscar á Alonso Velez de Mendoza, se presentó á su vista aquel hombre que bajo tan favorables auspicios habia sido alistado.

—Razon de más para que yo logre mi objeto, se dijo Colon.

Y haciéndole sentar:

—Van á sorprenderos mis palabras, añadió; pero la Providencia ha querido que yo conozca un doloroso secreto de vuestra vida, y como creo no haberme equivocado al juzgaros, si ántes de empezar el largo viaje puedo contribuir á que descargueis vuestra conciencia de un enorme peso, tendré una satisfaccion más que agradecer á Dios.

Este lenguaje sorprendió grandemente á Velez de Mendoza, pero ya era hombre ducho.

Tenia bastante serenidad, y como su vida estaba llena de secretos, todos dolorosos, no pudo imaginar á qué aludía su jefe, y mostrando extrañeza:

—No sé qué quereis decir, exclamó.

—¿Vuestra conciencia está tranquila?

—Si he de deciros la verdad, no mucho. Desgracias de mi vida me han obligado á no portarme siempre como hubiera querido.

—Pláceme esa franqueza, porque me prueba que no es exagerada la opinion que he formado de vos. Esto me anima á deciros el secreto á que me refiero, para pedir os despues que cumplais un deber.

—Hablad, señor, hablad, dijo Mendoza.

Apénas pronunció Colon el nombre de la jóven:

—No prosigais, interrumpió el taimado Alonso Velez, esa es una de las páginas más tristes de mi vida.

Si habeis conocido á esa mujer, si os ha hablado de mí, me habrá presentado á vuestros ojos como el hombre más infame del mundo. Las apariencias me condenan; las apariencias justifican su rencor; pero no me juzgueis sin oirme.

Yo amaba á esa mujer; la amo aún, y creedme, que si he to-

mado la resolucion de embarcarme con vos, dispuesto á sucumbir el primero, es porque su recuerdo me persigue, porque va á volverme loco, porque estoy seguro que si llegamos á encontrarnos en el mundo, tendria más valor para atentar á mi vida, que para oír sus quejas.

—¿Cómo podeis explicar entónces vuestra conducta?

—La fatalidad es la causa de todo.

Resuelto á ser su esposo aguardaba á ganar un pleito que tenia pendiente mi familia, para darla mi mano, cuando una noche entré en su casa.

A poco nos sorprendió su padre. Creyó mancillada su honra, y sacó su espada.

Yo, para defenderme, saqué la mia; quise parar los golpes de su airado enojo, y la fatalidad quiso que con mi espada le atravesase.

Necesitando huir de Sevilla para que la justicia no se apoderase de mí, la deposité en una casa con ánimo de volver inmediatamente por ella, despues de haberme proporcionado los recursos necesarios para emprender un largo viaje.

Pero no bien llegué á mi casa, la justicia, que me espiaba, quiso prenderme, saqué de nuevo la espada para defenderme é hice frente al Santo Oficio.

La noche estaba oscura y pude evadirme; pero me ví obligado á partir inmediatamente, y cuando dos dias despues volví á buscarla, á su vez habia huido.

Entónces fué cuando supe que la infame mujer á quien la habia confiado, habia tratado de abusar de su triste posicion.

¿Qué hacer entónces? Perseguido, sin recursos, sin saber dónde hallarla, no tuve más remedio que pasarme al campo de los moros, en donde fuí aprisionado, cargado de cadenas y considerado como cautivo.

En un calabozo de la ciudad de Málaga estuve, hasta que

los reyes, mis augustos amos, apoderándose de la ciudad, libertaron á los cautivos.

Desde entónces, indultado por la real munificencia, no he hecho más que buscar á Isabel para reparar mi falta.

No la he hallado; pero cuantas personas la conocen y la han visto, saben que me odia á muerte, y solo anhela mi exterminio.

Yo hubiera arrostrado su furor; pero en la seguridad de que no ha de perdonarme, he preferido venir aquí, partir en vuestra compañía, ganar honra y provecho á vuestro lado, para volver á buscarla, implorar su perdón, y hacerla la más feliz de las mujeres, ó perecer en vuestra compañía, y llevar á la tumba este recuerdo doloroso que me mortifica.

—¿Es sincero vuestro arrepentimiento?

—Podeis creerlo, porque os hablo como si estuviera en el último instante de mi vida.

Soy pobre, muy pobre, he perdido toda mi fortuna; no podría ofrecer hoy á esa desventurada mujer más que una existencia trabajosa, llena de penalidades. Por eso quiero ir con vos, por eso os pido, que si algo os interesan mis desdichas, no me abandonéis en la hora del triunfo, ni me impidais ser el primero en el combate, si fuese necesario pelear, para borrar con mi muerte el odio que inspiro, ó para obtener con mis merecimientos los medios de enjugar lágrimas, que aunque se vierten por causa mía, me duelen más que si salieran de mis propios ojos.

Hablaba Alonso Velez con tal contrición, con tal acento de sinceridad, que Colon le creyó de buena fe, y revelándole que se hallaba en el monasterio disfrazada Isabel Monteagudo, le exhortó á que se reconciliaran.

Alonso Velez manifestó una inmensa gratitud hácia Colon por la proposición que acababa de hacerle, y poniéndose bajo

su amparo, ofreció seguir al pié de la letra todos sus consejos.

Colon llamó al superior del convento, le informó de lo que pasaba, y resuelto como él á llevar á cabo aquella reconciliación, en tanto que Alonso Velez á instancia suya, confesaba y comulgaba en el monasterio, fray Juan Perez de Marchena y Colon buscaron á Isabel y la refirieron lo que acababa de decirles Alonso Velez, y lograron calmar su indignación, predisponiéndola á la piedad.

Cerca del monasterio había una casa de labor donde vivía una anciana.

En aquella casa, por recomendación del prior, fué recibida Isabel, cambió el traje que llevaba por el de su propio sexo, y aquella misma mañana, en una capilla del monasterio, con el mayor secreto, se verificó la reconciliación y el casamiento de Alonso Velez é Isabel Monteagudo.

Después de oír con benevolencia las explicaciones de su antiguo amante, se despidieron, é Isabel volvió al lado de la señora que la protegía, para aguardar la vuelta del que ya era su esposo.

La despedida fué tierna, cariñosa.

Isabel creía en la lealtad de Alonso.

Alonso, sin embargo, no había hecho más que doblegarse á las circunstancias, pronunciando un juramento que no pensaba acatar, y aprovechar aquella coyuntura para alcanzar el favor de Colon y obtener á su lado las ventajas que le prometía su privanza con el almirante.

Pero se guardó muy bien de dejar traslucir estos malvados propósitos, y fingió hasta el último momento una contrición que contribuyó á aumentar el aprecio que ya le tenía Colon, porque consideraba su resolución como el primer paso que daba por la senda que se había propuesto emprender, animado por la más pura fe cristiana.

Antes de despedirse de Colon, Isabel le ofreció pagarle aquella deuda de gratitud, y partió al lado de su ama, que era la marquesa de Moya, à quien ya conocemos, y á quien más tarde volveremos á ver en escena.

El tiempo volaba con rapidez para los habitantes de Palos, que se veían próximos á separarse de sus deudos y amigos.

Pero con lentitud para Colon que anhelaba darse á la vela y realizar el propósito de toda su vida.

Al fin amaneció el día 3 de Agosto.

Las carabelas estaban armadas y pertrechadas, y aguardaban en el puerto el momento de recibir á los que debían albergar para cruzar las inmensidades del Océano.

Aquel día era al mismo tiempo un día de luto y de alegría para el puerto de Palos.

Formados en la plaza los ciento veinte hombres que debían tomar parte en la expedición, se despedían de sus amigos y parientes, y las lágrimas y las frases de dolor se confundían con las carcajadas y los chistes de los que, no teniendo nadie que se interesase por ellos y nada que perder, encontraban en la expedición algo que iba á alterar la monotonía de su vida ociosa.

Las campanas de la iglesia de San Jorge resonaban en el espacio.

El prior de la Rábida iba á decir la misa para los viajeros y á bendecirles ántes de partir.

Colon, con todo su Estado Mayor, compuesto de los Pinzones, de los pilotos y de los funcionarios que debían acompañarle, llegó hasta el atrio de la iglesia por medio de dos filas de personas que le miraban con admiración, pero con tristeza.

Los marineros, sus familias y los demás habitantes del pueblo penetraron en el templo, asistiendo con el mayor recogimiento á la ceremonia religiosa.



Se despide de su noble amigo ántes de ir á embarcarse á Palos.

Terminada la misa, el prior de la Rábida, con todo el clero, se dirigió á la playa, y seguido de los navegantes y de la muchedumbre, bendijo solemnemente las carabelas.

Comenzó, pues, el embarque, dirigiéndose Martin Alonso Pinzon á la "Pinta," su hermano Francisco Martin á la "Niña," y Colon, despues de estrechar en sus brazos al prior de la Rábida y á los monjes, á quienes tantas pruebas de adhesion y cariño debia, se embarcó en la "Santa María," con el alguacil Diego de Arana, el notario real Rodrigo de Escobar, y Alonso Velez de Mendoza que, desempeñando su papel, manifestó deseos de estar siempre á su lado para ser su más leal y adicto servidor.

Las campanas tocaron á vuelo.

Las carabelas, siguiendo á la embarcacion del almirante, tomaron rumbo y fueron perdiéndose poco á poco de la vista de los habitantes de Palos, que entre admirados y affigidos, pronunciaban una oracion por el alma de aquellos hombres que, en su concepto, iban á buscar una muerte segura.

El prior de la Rábida, profundamente conmovido porque sentia separarse de aquel hombre á quien tanto estimaba, volvió silenciosamente al convento acompañado de sus monjes.

Poco despues de su llegada resonó bajo las bóvedas del templo el cántico que, acompañado del órgano, elevaban á Dios aquellos santos varones, pidiéndole que se apiadara de los navegantes, y los condujese á la realizacion de sus proyectos.

No tardaremos en hallar al ilustre Colon y á sus compañeros de viaje para asistir dia por dia y hora por hora á todos los acontecimientos de aquella gran epopeya.

Pero ántes es preciso que volvamos nuestros ojos á la corte de España, y veamos cómo quedaba y cuál era la suerte que en ella esperaba á Diego Colon, en los momentos en que su padre partia para conquistar el Nuevo-Mundo.